

Paisajes de alma diversos, pero de un mismo clima afectivo. Silencios, éxtasis, como un pudor de desnudar contactos de la tierra y del cielo. Reflejos espirituales que conducen a esa mansedumbre, adentrados en la obra maravillosa que el propio poeta integra con su canción agradecida. Estos versos tienen algo de la inspiración formal del credo que fermentó en Nervo, credo sin iglesias de hombres, alma vestida en la emoción pánica por el nido, la roca, el río, el Hombre. Dulzura de vivir sin grillos de vanidad mundana por las cosas menos limpias de la buena, ruda tierra de Dios.

Destacamos los poemas "Jardín", "A veces", "Emoción", "Canciones", "A Alfonsina", etc.

*
* *

PEDRO LEANDRO IPUCHE, *El yesquero del fantasma*.—Montevideo, Ed. Biblioteca de Cultura Uruguaya, 1943. 300 pp.

El subtítulo que el autor destaca: "Entretenimientos", ya nos advierte que no se trata de páginas trascendentes, cuidadosamente elaboradas en forma y estilo, aunque sí implique conceptualidad en muchos de sus enfoques psicológicos o estéticos.

Porque, si el libro carece de unidad espiritual, en cambio sus 300 páginas nos van descubriendo en hallazgo heterogéneo trozos de historia, apuntes biográficos, semblanzas literarias, prosa social, novelística en cortes interesantes; una vista de conjunto de paisajes, ambientes y seres, a la manera periodística. Simples y grandes ciudadanos de la patria y el mundo en sus respectivas actitudes de vida vocacional. Figuras consulares en la actividad de las letras, las artes, la política y la farsa. Un *vademecum* sugestivo, con ese estilo sin estilo tan peculiar a la pluma agudo-dramático-festiva del autor de *Tierras celestes*.

Unas semblanzas líricas originales de nuestras poetisas más nuevas y de las que encienden en fervor los umbrales de nuestra lírica femenina. Lo hace con terminología iluminada, feliz de hallarlas en sus símiles más imponderables. Nos habla también de María Eugenia, la del fulgor taciturno, de su hierática soledad. Y del alma abismal de Delmira, y, pasando a lo accesorio anecdótico, nos lleva a aquella infancia precoz donde espiaba fatal el genio.

Libro denso, por cuanto está repleto de emociones vivas, de recordación cálida ante algunas figuras desaparecidas u olvidadas, el autor le ha

trasvasado su sustancia inquietante. Palpamos distinta calidad en sus páginas. Y encontramos sinceramente más arte —arte social, diríamos— en sus estampas campesinas, diáfanas de humanidad, que nos recuerdan el ejercicio moral en que vive Ipuche.

Pasan por este libro las semblanzas de Selva Márquez, la poetisa ágil, dinámica, actualizante. El retrato está trazado con agudeza. Ipuche descubre el duende lírico en la síntesis emocional. Los versos de nuestra compatriota son de eléctrica sustancia. Aunque la forma arquitectónica aparezca rotunda, viril y fuerte. Liso el conjunto, sin barroquismos y sin decadencias. Poesía de la hora trágica. Pero afirma el cristal de alguna ventana por donde la luz irradia más allá del adusto formalismo. Y se siente el *chanteclair* que gira, gira y canta su clamor augural de las renovaciones estéticas.

Y la semblanza de Sabat Ercasty, el poeta de la infinitud cósmica, de la parábola que iniciara un Whitman metafísico. Y de Supervielle, el alto poeta francés-uruguayo. Retratos reverentes, cordiales, descritos con ternura fraterna, humor e ingenio dulce del hombre fuerte y sano.

Sería imposible citar aquí los títulos de enfoques objetivos, psicológicos y puramente intelectivos, que desfilan por las páginas apretadas de *El yesquero del fantasma*. Variado interés y variada jerarquía estética nos muestra la linterna sorda del fantasma de Ipuche. Asociaciones y divergencias plásticas y anímicas —prosa y conceptualidad— a través de la exhumación de un conjunto heterogéneo y un tanto desconcertante en calidad y valoración: Hernández, Estavillo, Airaldi, Artigas, Mendilharsu Schiller . . . Batlle, Chaplin . . . Rodó . . .

Como se ve, no podemos menos de evocar el subtítulo para poder explicarnos por cuáles razones el autor eligió figuras tan diversas en su postulado emocional y estético, para su friso biográfico-histórico-literario y anecdótico. Quizás quiso englobar una sucesión de impresiones caras a su sensibilidad, y si no lo atribuyésemos a que el duende, apresuradamente, convocó a tan distintas especialidades del pensamiento y la acción por vía periodística, tendríamos que sustentarnos en la afirmación de Carlyle, cuando juzga “héroes” a todos los hombres que deben serlo por el hecho de haber sufrido, vivido y exaltado, ásperamente, su porción de destino terrestre.

Termina Ipuche con una semblanza un tanto descuidada del autor de *La torre de los panoramas*, que leyera en homenaje al gran poeta, realizado últimamente en el Ateneo de Montevideo. Aquí creemos que el autor pudo decir más eclécticamente —dada su ductilidad de léxico,

su amor por la forma pura y el conocimiento de la gran figura— que lo que expresó allí. Se refirió a lo circunstancial, de tan relativa importancia, que oscurece lo grave, lo profundamente luminoso, en la valorización de una individualidad excepcional. Y ya que fué ese acto de homenaje lírico y fervoroso al que fuera olvidado en vida, y si bien es cierto que una elección de tema sin belleza no le resta jerarquía intrínseca al recuerdo dejado por el poeta más aristocrático, más espiritualmente aristocrático que tuvo el Uruguay, y también América, pudo el autor de la semblanza póstuma trazarnos un croquis más original, más depurado, en una página de mayor calidad, disponiendo como dispone de una percepción fina, intensamente coloreada de la imagen y de una gran sensibilidad para captar al hombre, al arte y al artista.

En resumen: *El yesquero del fantasma* no posee esa unidad estética que parece ser la característica de toda obra bien lograda. Pero, tratándose de artículos sin articulación previa, a la manera periodística, amable, sorpresiva, ligera, deducimos que bien vale la pena detenernos con interés en esta obra densa de atisbos psicológicos, de hondura social, de cordial revaluación de seres que nos son tan queridos al recuerdo en la vida y en su muerte trazando derroteros de ética de humanidad y de arte. Y que el autor ha volcado su haber emocional como una justificación de sus amores, por lo noble, lo bello y lo humano.

EMA SANTANDREU MORALES,
Montevideo.

CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA, *El aire unánime* y *Océano*.—Montevideo, Ediciones A. I. A. P. E., 1943 y 1944.

Desde su residencia montevideana nos envía Cipriano Santiago Viturera la segunda edición de *El aire unánime* y, a su vez, la segunda parte de este libro, intitulada *Océano*, que acaba de ser publicada.

El aire unánime (su primera jornada) consta de diez poemas capitales, escritos en metro libre, y poseedores de un ritmo y elasticidad maestros:

Alguien, un pez, un aire,
un gas, una distancia,
ha de beber en tí como tú bebes
en los vinos añejos;